

## EL MARIDO PERFECTO

Amelia, Lourdes, Beatriz y yo, fuimos amigas desde nuestra infancia. Nacidas en un pueblo de provincia, vivimos en la misma cuadra, fuimos a la misma escuela y, cuando terminamos el secundario, decidimos ir a Buenos Aires, donde estudiaríamos carreras diferentes, pero seguiríamos juntas.

En la gran ciudad, nos comprimos en un departamento de dos ambientes, al que llamábamos cariñosamente: Babel.

En la facultad de abogacía, conocí a mi futuro marido; otro tanto le pasó a Beatriz en arquitectura; Lourdes tuvo varios novios y terminó casándose con un chico del pueblo, estudiante de agronomía, del que estaba enamorada desde la adolescencia.

La que se casó primero fue Amelia. Richard era quince años mayor que ella y un destacado cirujano cardiovascular.

Se conocieron en un curso de perfeccionamiento de inglés y a los seis meses estaban casados.

Mientras nosotras y, nuestras respectivas parejas, trajinábamos con las últimas materias de la carrera, ellos estaban de luna de miel en Europa; al regreso compraron un departamento en recoleta y ubicaron dos autos en la cochera.

A pesar de las diferencias económicas y laborales, la amistad continuó sin tropiezos; nuestras parejas aceptaron con gusto integrarse al clan femenino y formamos un grupo que durante años compartió salidas, viajes, nacimientos y duelos.

La casa de Amelia, por ser la más grande, era la preferida para nuestras reuniones. En esas ocasiones, Richard, se ponía el uniforme de chef y cocinaba exquisiteces con la misma solvencia con que operaba corazones.

Todos admirábamos y queríamos a Richard, no sólo por su brillante carrera, por su calidez, sus comentarios inteligentes e incluso por su modestia. No se parecía en nada a esos médicos pomposos que todo lo saben.

Cuando él murió en un accidente aéreo, -viajaba en un pequeño avión para operar de urgencia a un funcionario de provincia- nos sentimos desolados.

De repente nos dimos cuenta de lo que había sido para nosotros. Fue como un hermano mayor al que podíamos acudir cuando teníamos un problema, seguros de que nos aconsejaría o nos ayudaría en cualquier circunstancia.

Ahora debíamos ocuparnos de Amelia que, curiosamente, parecía no darse cuenta de la tragedia que estaba viviendo.

A pesar de su indiferencia, que suponíamos era una defensa, la acompañamos en todo momento, hasta que ella -fastidiada de tanta atención- nos pidió que la dejáramos tranquila.

La encomendamos a Rosa, la empleada doméstica que tenía desde que se casó, aunque la mujer parecía más afectada que ella por la muerte del "doctor".

La vida continuó y para saber sobre Amelia, establecimos un contacto fluido con Rosa.

Pasado un tiempo, Amelia comenzó a interesarse por distintas sociedades de voluntariado: primero se integró al del hospital donde trabajaba Richard, luego a un comedor comunitario, más tarde

se sumó a la tarea de recolectar ropa y calzado para el comedor, y allí reanudamos nuestra amistad, cuando nos integró a todos en esa tarea y con gusto la ayudamos.

Nos parecía conveniente que se ocupara de los otros, pero pensábamos que podía retomar la carrera de filosofía que no había terminado. Cuando se lo sugerimos se puso furiosa, entre otras cosas nos dijo que éramos unas estúpidas egoístas, para las que lo único importante era un título. Ese enojo nos mantuvo un tiempo alejadas, sin abandonar la información telefónica que nos proporcionaba Rosa.

Un día, la mucama me llamó y dijo que hablaba desde un teléfono público, porque Amelia le había prohibido hablar con nosotras, estaba muy preocupada y quería hablar conmigo personalmente.

El sábado vino a casa y después de abrazarme se echó a llorar.

Cuando se calmó me contó que la señora Amelia trabajaba en un agrupo que se ocupaba de los presos: iba a visitarlos a Devoto, le llevaba comida, ropa, libros. Lo que preocupaba a Rosa era su preferencia por un preso, al que no solo proveía, también le pagaba un abogado.

Cuando Rosa se fue, llamé al resto del grupo para convocar a una reunión de urgencia.

Todos se sintieron tan preocupados como yo. Discutimos durante horas y decidimos que teníamos que enfrentar lo que sabíamos, aunque ella se molestase; era lo mínimo que podíamos hacer por la memoria de Richard.

Al día siguiente, las mujeres fuimos a su casa sin avisar. Nos recibió con reticencia y cuando comenzamos a hablar, llamó perentoriamente a Rosa y le dijo que estaba despedida.

La mujer se puso a llorar. Beatriz le dijo que no se preocupara que la necesitaba en su casa, que fuera a hacer la valija y cuando terminásemos, la llevaría con ella.

Amelia estaba furiosa, pero esta vez no la abandonaríamos. Después de años de amistad, no podíamos dejarla librada a sus desvaríos.

Curiosamente, al rato se serenó y comenzó a explicarnos lo que en parte sabíamos: que iba a la cárcel porque allí había gente desesperada que la necesitaba. Era una experiencia nueva, porque nunca la había necesitado nadie, ni sus padres ni sus hermanos -todos mayores- y mucho menos Richard que era la autosuficiencia elevada a la enésima potencia.

No habiendo tenido hijos, tampoco pudo ocuparse de un bebe, un niño, alguien indefenso y necesitado.

Ahora conocía gente a la que podía ayudar, ser útil a ellos y a la sociedad, colaborando en su rehabilitación

Le preguntamos por el preso al que le pagaba el abogado.

Miró hacía la cocina con rabia, pero nos contó:

Era un hombre que había caído por culpa de la droga y quería rehabilitarse. Practicaba la religión evangélica y, según el director del penal, tenía grandes posibilidades de salir pronto por buena conducta.

Siguió hablando de él con gran entusiasmo: de los poemas que escribía de lo culto que era, de cómo leía los libros que ella le llevaba y los comentaban juntos, de cómo ayudaba a los otros reclusos.

Nosotras no nos atrevíamos a mirarnos, la situación era mucho más grave de lo que temíamos.

Nos despedimos, cuando Beatriz llamó a Rosa para llevarla con ella. Amelia rió y dijo:

- Por favor, despido a Rosa todos los días, ella sabe que la necesito y la quiero, aunque sea una chismosa.

Bajamos en el ascensor, sin decir palabra.

Los días siguientes fueron de reuniones continuas para buscar una posible solución. Los abogados opinábamos que legalmente no se podía hacer nada. Amelia era una persona adulta, a pesar de sus errores no se la podía catalogar de demente. Los otros no entendían el argumento jurídico e insistían en que había que evitar a toda costa que Amelia hiciera un disparate. Sobre la naturaleza del disparate no se decía nada pero todos pensábamos lo mismo: Amelia podía casarse con el convicto.

A través de nuestros contactos, averiguamos sobre la naturaleza del delito del sujeto que nos preocupaba y lo que supimos nos asustó más. Él individuo estaba detenido por robos y violaciones reiteradas, no había sido procesado porque las pruebas eran muy débiles y, en consecuencia, pronto sería excarcelado, no por buena conducta como sostenía Amelia, sino por no haberse sustanciado el juicio en el tiempo previsto por la ley.

Mientras nosotros nos angustiábamos por no poder encontrar una solución, un día ocurrió lo que temíamos. El individuo fue excarcelado y se instaló en la casa de Amelia.

Rosa no lo soportó y se fue a su provincia, no hubo forma de convencerla de que se quedara con alguna de nosotras.

Ahora no teníamos ninguna información sobre lo que pasaba con Amelia y el ex convicto y tuvimos que rendimos, no podíamos hacer nada porque Amelia había cortado toda relación con el grupo.

Pasaron seis meses sin demasiadas novedades. Por una vecina de Amelia, que encontramos accidentalmente, supimos que ella y su nuevo marido estaban veraneando en Brasil.

Esa pequeña noticia nos alivió y casi llegamos a creer que nos habíamos preocupado sin causa.

Pasó el tiempo y una noche nos llamaron de la seccional para preguntarnos si éramos parientes o amigos de ella.

Esa madrugada llegamos todos al hospital donde estaban operando a Amelia por las heridas que había recibido de su pareja. El médico de guardia nos explicó que el estado de la paciente era grave.

Cuando interrogamos al policía que estaba de custodia, nos remitió a la comisaría de la zona.

En la comisaría, los abogados usamos nuestras credenciales para averiguar sobre los hechos. El oficial de guardia sólo nos pudo informar que una vecina había sentido gritos y había llamado al novecientos once. Cuando la patrulla llegó al departamento, encontró a Amelia inconsciente y muy mal herida, pero estaba sola. El agresor había huido.

A pesar de la gravedad del ataque, Amelia sobrevivió. Durante semanas nos turnábamos para cuidarla, primero en el hospital y después en su casa.

El ex convicto desapareció, recién un año después fue apresado cuando intentaba cruzar al Paraguay, con un valija repleta de cocaína.

A pesar de nuestros intentos, no pudimos lograr que Amelia fuera la mujer de antes. Después de lo que pasó, fue y es una persona humillada y taciturna que no se perdona su error. Hace un año fue a vivir al pueblo, la vemos cuando visitamos a la familia, sigue sintiéndose deshonrada y no sale de su casa.

Aunque no lo decimos frente a los maridos, porque no nos comprenderán, todas creemos que el problema comenzó cuando ella se casó con Richard, el hombre perfecto, cuya perfección fue demasiado para su frágil ego.